

DOLORES CASTRO

El
Huésped



poesía

El huésped

Dolores Castro obtuvo la Presea Nacional “José Emilio Pacheco” por Trayectoria Literaria, concedida por el H. Ayuntamiento de Tlalnepantla de Baz, a través del Instituto Municipal de la Cultura y las Artes, en 2016. El jurado estuvo integrado por Alicia Reyes, Iliana Godoy y Félix Suárez.

COLECCIÓN LETRAS



poesía

DOLORES CASTRO

El huésped



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



H. AYUNTAMIENTO
CONSTITUCIONAL
DE TLALNEPANTLA DE BAZ
2016 - 2018

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Aurora Denisse Ugalde Alegría
Presidenta Municipal

Juan Jaffet Millán Márquez
Secretario de Educación

Alejandro Méndez Gutiérrez
Secretario del H. Ayuntamiento

CONSEJO EDITORIAL

Presidente
Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros
Rodrigo Jarque Lira,
Juan Jaffet Millán Márquez, Marcela González Salas y Petricioli,
Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico
Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico
Roque René Santín Villavicencio

El huésped
© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

DR © Ayuntamiento de Tlalnepantla de Baz
Plaza Cívica Dr. Gustavo Baz Prada
Vallarta, colonia Centro, C.P. 54000,
Tlalnepantla de Baz, Estado de México.

© Dolores Castro Varela

ISBN: 978-607-495-594-1

© Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/01/18

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción, por cualquier medio, total o parcial, directa o indirecta del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito de los autores y coeditores, en terminos de la ley federal del derecho de autor y, en su caso, de los tratados internacionales aplicables. La persona que infrinja esta disposición se hará acreedora a las sanciones correspondientes.

Celebrando noventa años

Clarice Lispector opinaba que “Escribir es usar la palabra como carnada, para pescar lo que no es palabra. Cuando esa no-palabra, la entrelínea, muerde la carnada, algo se escribió. Una vez que se pescó la entrelínea, con alivio se puede echar afuera la palabra”.

Una obra poética que empieza con el “tiempo de las sombras” da un primer paso en una oscuridad proyectada, una luz que se adivina o que se desconoce pero que se alcanza a concebir, más allá del mito de la caverna, como el escenario de los cuerpos cuya distancia altera la imitación, el reflejo, y muestra esa parte que, oculta y visible al mismo tiempo, podría, en la expresión del deseo esencial del poeta, decir, cuando incluso los lingüistas declaran que lo mentado nunca coincide con lo evocado.

El tiempo es también “de las bocas que caen ávidamente en los pájaros, ojos de los hombres”. La poeta confiesa haber escrito *El corazón transfigurado* impulsada por una gran necesidad de expresión que se tradujo en una especie de “borbotones emotivos”. Pero luego hace una revelación: “Quizá en ese poema está cuanto he querido decir en toda mi obra posterior”. ¿Cómo podría, en 1949, presentir lo que más de sesenta años después, en 2013, desearía haber querido decir? O la retrospección es acaso parte del deseo

actual de lo que hubiera pretendido buscar en la escritura. “Ahora que lo releo —dice— siento que la atmósfera aquella y el tono expresaron mi modo de intuir el origen, el tránsito en el mundo, el dolor y el amor”.

“Mi vida —agrega— tuvo cambios muy importantes, viajes, matrimonio, hijos, trabajo; la verdad más íntima queda en los poemas que pierden la posesión del autor en cuanto se publican. Pertenecen ya a los lectores”. Y añade que “si el destino de los poemas es cambiar de dueño, la poesía en cambio puede pertenecer al autor como su interés principal, su guía y la luz de mayor intensidad en la vida”.

Esta última reflexión nos lleva de regreso al poema que marca su primera experiencia formal con la poesía. Y volvemos al tema de “pescar lo que no es palabra”. Más allá de la inspiración literaria reconocible, con los antecedentes del manierismo, un poco sor Juana, otro tanto san Juan de la Cruz, sin insistir en el acento religioso está una poética amorosa, de una voz que habita un cuerpo que permanece en el mundo para confirmar, después de casi un siglo, que ese interés principal expresado desde los primeros versos lleva encendida la luz intensa que ilumina cada día. Una voz que no admite el derroche. Una voz que aun en la esfera cotidiana mantiene respeto por las palabras y no las desperdicia ni en la conversación matutina, en que siempre se reinventa con la pasión y los juegos de palabras pronunciadas desde una absoluta seriedad o de una ironía que siempre se queda en el filo, tal vez porque el lenguaje de la elipsis y la silepsis, la reticencia y el quebrantamiento

deliberado alimentan y sustentan esa integridad recta y figurada de ser materia y vuelo.

Esas “bocas que caen ávidamente en los pájaros, ojos de los hombres; sobre los hombres, pájaros de Dios”, sugieren, sin abandonar la oscuridad, una vía de apertura y de multiplicación de planos y espacios, y una conciencia primordial de reciprocidad entre las imágenes del mundo creado, del origen imaginado como en un nido ciego que ampara las primeras bocanadas, el aliento, el aire que nutre las palabras: “Viento menudo, pasajero ciego / al rumor de los árboles, al cielo / abierto inmensamente como un ojo de Dios, / certero y duro”. Ese ojo, el de Dios, que mira más allá de las sombras y que por ello, certero, parece duro. Duro como impenetrable o como resistente, íntegro, acaso, pero también persistente e inexorable. Duro frente al fluir de un viento que es “ciego al rumor de los árboles”. Aquí la presencia lopezvelardiana, por la sinestesia que, dicho sea de paso, es una sensación secundaria.

“Yo soy un pobre pájaro dormido / en la tierra de Dios”. Un ser cuya esencia alada se desactiva por la quietud de estar en tierra, aun sin sueño; “bajo sus ojos he perdido las alas / y mi canto es el canto de las mutilaciones”. Bajo los ojos de Dios, pero también bajo los propios ojos de pájaro dormido, cautivo dentro de sí, encerrado y en la entonación de un canto a lo perdido (lo pienso ahora como reminiscencia existencialista). “Quise en este poema expresar los orígenes, el dolor y su transfiguración”. Una transfiguración más allá de la realidad viva, una conversión en que se confirma a la palabra como contenido del culto especial, intransferible, que es la poesía

como experiencia de interpretación de lo que se vive aun lejos de la conciencia, incluso en el letargo y de cara a la ausencia de vuelo.

“El poema es dintel” —dice— y “el paisaje está dentro de uno”. Dos afirmaciones con las que podría empezarse a elaborar una poética. Benjamín Barajas ha escrito que en este primer poema de Dolores Castro se advierten las referencias al verbo creador no sólo como fuerza motriz de la vida sino del acto de creación poética. Y añade que “Al verbo creador, a las palabras y al poema que las contiene se habrán de subordinar, en buena medida, el tratamiento de las formas, los temas y las emociones convertidos, merced al trabajo con el lenguaje [...] la palabra se convertirá en un muro contra el vacío, contra el tiempo, contra la soledad, pero también, aparte de ser un instrumento de lucha, la palabra será el sustento del ser y de la vida”.

Este “corazón transfigurado”, en ciento cincuenta y cuatro versos, endecasílabos y heptasílabos, distribuidos en dieciséis estrofas, es un trabajo formal en que se advierte un compromiso definitivo con algo que podría llamarse una vocación-destino, un anuncio extenso, una declaración. La literatura, dice Ezra Pound, no existe en un vacío. En cuanto tales, los escritores tienen una función social definida, que es exactamente proporcional a su capacidad como escritores. Ésta es su principal función. Todas las demás son relativas y provisionales. Esto es lo que quiere decir la expresión arriba citada de ser la poesía para el autor su interés principal, su guía y la luz de mayor intensidad en la vida.

En el corazón transfigurado, el canto de las mutilaciones se define como canto desgarrado y profundo, de la habitante de una casa transitoria a la que el viento lleva eternamente, como al silencio mismo, en ese canto que ha quedado tan pobre como el eco bajo los cuatro muros apagado. Un pájaro roto que cayera del cielo en un molde de barro.

El verso endecasílabo impone un tono dramático que se quiebra enseguida al reconocerse como el juego de un niño, el barro que guarda este pájaro herido en la caída. ¿Cómo antes de caer ya lleva el recuerdo de la pérdida? Es la percepción de una naturaleza dual de cuanto existe, que no es una relación de causa y efecto, pero sí de que en el principio late el final, un camino circular que se vuelve a andar como por vez primera cada vez.

Y en la siguiente estrofa aparece un verso preponderante: “en el principio el verbo”, que arranca la dolorosa flor de sus criaturas, “su corazón el mar, y herida / de su corazón el cielo”. Una herida que duele, “espada azul sobre mis ojos”, y aparece el silencio (“sembrador de la espuma sobre el haz de las cosas”) y los ojos irán huyendo en tinieblas.

En los versos de “El tiempo niño de la voz de vuelo / tomó mi cuerpo, trompo de ceniza, / sobre sus muslos, ríos escapándose”, Jorge Asbun encuentra una clara influencia de poetas como José Gorostiza, en nociones como que “el tiempo, que es muerte, también conlleva algo de fugaz, ya que no es una muerte definitiva sino un tránsito de una vida a otra, y ahí el tiempo niño no es el que todo lo lleva, sino el que pone en pausa a un ser vivo, es decir, el sueño”.

Y “este sueño es la sombra que se muere / con la primera estrella matutina”. Así concluye este primer poema, del que la autora comenta: “Cada vez que escribo un poema me enfrento al problema de cómo vivir la vida”.

En el siguiente trabajo, *Siete poemas*, cambia radicalmente, deja atrás el tono dramático en la forma, pero conserva los símbolos y se asoma a lo que significa, precisamente, vivir la vida. Ella misma reconoce un cambio en el que se muestra “la relación entre lo que se vive y lo que se escribe. El paisaje está dentro de uno —dice— y se señalan los contrastes entre Zacatecas [territorio de la infancia] y las ciudades conocidas”.

En una entrevista con Mariana Bernárdez, explica: “El hilo conductor entre los poemarios es una cosmovisión que se centra en un nudo que se traduce en la antropomorfización del paisaje [...] así, en un poema que escribí en Chiapas: ‘Aquí voy por el río, desconocida, larga...’, descubrí el otro paisaje, distinto al de la piedra apagada, la tierra que no da fruto, las ruinas de Zacatecas”.

El séptimo poema de esta nueva publicación está escrito desde la vigilia; quizá menos ambicioso, parece la contraparte: “Salgo de aquel espacio / grávido de sonido, de luz y de sentido, / pero nada recuerdo: / era en la antigua noche de los siglos. / Algo traigo en la piel / —que no pudo lavarme toda el agua / cuando cayó en el barro de mi cuerpo— / y apagaré mi sangre lentamente”.

Es un tono de transición y, como dice Manuel Andrade, “una propuesta radical contra la grandilocuencia y el barroquismo, desde la introspección y la sugerencia”. Pero en especial en el que

cito, el cambio también se percibe en el tema: “Nuevos caminos abrirán nuevos caminos, / y todas nuestras vidas, / unidas en un solo luminoso haz, / irán por el camino de único sentido. / Ahí recordaré la exacta fórmula de mi estructura / y sabré de las arcas donde vibran los eternos sonidos / de la muerte, que ya nunca perseguiré mis noches”, un ánimo poderoso, optimista, como cargado de una fuerza que puede dar un trato de iguales a la “pobre muerte, / tan antigua, tan niña”. Este tono que me recuerda otra vez a Gorostiza, luego sentencia: “Y morirás de amor, / del mismo amor que apagará la hierba, / y morirás de viento y de tristeza, / cuando fría mi sangre / no transmita a tu cuerpo, / el calor que robamos a la fragua”.

La autora declara: “Parto de la ruina como camino de creación para llegar a las palabras. Lo que he escrito después tiene menor angustia porque he podido resolver algunas preguntas y asumir las palabras como llave para entender el mundo. Las ruinas son imágenes de lo sagrado, la metáfora lo roza y su función dentro del poema es conectar la ruina con la palabra. En las ruinas veo la desesperación de lo informe, de lo caído; señalan lo sagrado porque son el propio límite que se construye y que de pronto se cae. Sólo hay algo que no puede caerse: lo que nos da origen y al cual no se llega tan fácilmente, pero se busca develar entre la ruina y la palabra, búsqueda de sentido no reflexionado sino haciendo vivo lo que la palabra encierra, dándole vida a las ruinas; no sólo reedificándolas sino haciéndolas salir de la tierra misma otra vez, reedificadas y magnificadas para que de alguna manera nos den una seguridad y un lugar.

”La búsqueda de sentido que lleva a reedificar las ruinas a través de la intuición permite comprender la arquitectura dentro de la palabra. Todo lo que el hombre intenta es poner orden, no porque lo ame sino porque lo sitúa. Cuando hablamos ponemos orden, pero el de la poesía es más estricto porque nos da un lugar en el cosmos”.

La tierra está sonando es un poemario más terrestre, escrito en una etapa fértil, después de la procreación, y la zozobra ha cambiado indudablemente de dirección: ahora los muertos son muertos, “Parten el alma / buscando su rincón para quedarse quietos”. En esta nueva época “el dolor / no viene de crecer para la muerte”. En el sueño de la piedra “espanta lo que se apaga / y queda”; el fruto del verano se desprende y “Tan sólo el hueso queda incommovible / en su abismo cerrado”. El pájaro simbólico, imaginario, se convierte en un ave bajo cuya ala “que tiembla / esconde su terror / la cabeza”. La mitología ha dado paso a la historia. Luego de la creación del universo en *El corazón transfigurado*, en *La tierra* se percibe el sonoro movimiento de las especies que han despertado de su sueño de piedra y puede sentirse “cómo al abrir la boca / pruebo una bocanada / de misterio”.

En *Cantares de vela* el cambio ha sido radical: “Tiempo habrá para morir. / Ahora, detenida sobre la yerba húmeda, / con un poco de cielo por mis ojos, / con el viento tañendo / esa música lenta, / doliente entre sus dedos, / con su corona rota y caída en mi falda, / y con los pies cansados / danzando sobre el río, / y con el río en el hueco de mi mano. // Yo he de dormir al viento. / Su pasajera carne tendrá frío, / su corazón que huye tendrá miedo”.

O este otro poema escrito en Chiapas: “Aquí voy en el río / desconocida, larga. // Y cabeceo en el viento / como el toro, / que en éxtasis levanta / la llama de sus ojos, / brillantes por la sed / de oscuras aguas”; y de nuevo aparecen las aves, su canto y la vibración del viento, en el poema “Pájaros de los siglos”: “Canta la tierra desde sus raíces, / sube cantando por el tronco / y sacude la fronda / en un latido de humedad. // Por las hojas la luz, / por el tronco la savia / que vibra / como un esqueleto musical. // Pájaros de los siglos / se ahuecan en sus ramas / para no despertar”.

El siguiente poemario es igualmente mítico pero más secreto, misterioso, una poesía más sintetizada y conceptual, *Soles*: “Cómo arden, arden / mientras van a morir empavesadas / las palabras. / Leñosas o verdes palabras. // Bajo su toca negra se enjaezan / con los mil tonos de la lumbre. // Y yo las lanzo a su destino; / en su rescoldo brillen”.

En “Pozo” vuelve a ser su corazón “el mar, y herida / de su corazón el cielo”, porque es “un pozo que refleja cielo / pero es un pozo. // Caen, caen los días, / caen las noches / hasta el fondo. // Todo se vuelve fondo. // Aun el guijarro que tira la muerte / se vuelve fondo”. Esta imagen de los días y las noches como hojas de árboles en otoño crea una atmósfera en que el fondo, que es también reflejo, es el principio y el final en la misma estampa, una historia abreviada, contada desde una dimensión absoluta, como una voz en diégesis en un gran escenario.

Mariana Mercenario escribió que *Soles* “es una búsqueda de un lenguaje que pueda poner de manifiesto el problema existencial

de la sensibilidad mexicana tradicional. Es la curiosidad estética de mirar desde adentro a nuestro ser de madre y tierra, a nuestro ser de hijos en la orfandad y hombres que han hallado el derecho a cuestionar su propia existencia fuera de fundamentalismos raciales o tribales [...] la poetisa va construyendo su propia imagen simbólica del lenguaje, a través de una dialéctica del distanciamiento y de la apropiación. La distancia es el principio de la lucha con la otredad y la mismidad y, por tanto, es el eje básico de la identidad”.

En este poemario —concluye Mercenario— “la palabra desempeña la expresividad de lo sagrado celeste en la conciencia histórica humana de una civilización que busca su reconquista cotidiana, en la fusión profunda, a la vez, paradójicamente, amorosa y despiadada, de una voz individual y de una experiencia dolorosamente colectiva”.

Vino después en *Qué es lo vivido*, Premio “Clemencia Isaura” de Poesía (antes Juegos Florales de Mazatlán) en 1980, una voz distinta: es el mismo vértigo, el viaje a la penumbra: “Puente a la oscuridad / o la pendiente veloz / de una sonrisa / que se apaga”; bajo la misma mirada de un cielo inmensamente abierto el pájaro replegó las alas y con “calor / en medio de la sombra, / [un] acomodo / de criaturas que buscan suavemente / su modo de dormir / mientras una ventana / se va cerrando hacia el oriente / y la luz de la tarde / se unta silenciosa”, sin mutilaciones: “Todo está bien: / no mintieron los rostros de las cosas / sólo sabían brillar / en su secreta forma de caer, / sólo sabían decir: / es así, así es, / mientras

acrecentaban su caída, / se hacían ovillo, / y en su acomodo hablaban en voz baja / de lo que hubieran querido ser”.

“¿En dónde está mi sueño / y el pausado resuello de mi pecho?”. ¿A quién se lanza la pregunta, si todo lo que ardió está en la orilla de la desaparición?: “¿cuántas columnas de aire / que gozaron de peso y consistencia / en su día?”. Y la respuesta contundente: “Nadie diría hacia dónde ni en qué forma” porque en un nuevo cíclico comienzo “Las alas no han nacido. El chasquido de las horas / estremece las sombras y el descanso. / Las madejas de seda del entorno / sólo anuncian lo oscuro”. Aparece el sol y los astros invisibles rondan despacio. Y la imagen del corazón de nuevo con su latido agónico de víctima que se niega a la resignación... “y gritar y gritar, gritar por dentro / hasta romper el techo y las paredes / y la muralla del pecho / [...] ¿En dónde está mi amor? / ¡Aquí, aquí! En medio del no ahora / pero sí. [...] Es el mar / que regresa después de huir mil veces”. Y de pronto aparece: “Soy yo / con una caja resonante / donde guardo preguntas”.

Pero nada parece estar dicho. Sólo la luz que dibuja las formas recónditas y lejanas, la superficie que delimita y aleja incluso lo más próximo: “Todo está cerca, lo tocara / si pudiera encontrar el resquicio / o la rendija que desde mí se abra / hacia las claridades. [...] y la distancia / crece y busco, trato de encontrar / la rendija de luz, / o una piedra al menos / para sentarme, sólo para sentarme / a esperar”. Encontrar un límite fuera de lo que fluye dentro, como dijera Pessoa “sin ideal ni esperanza”. Y el ciclo continúa con el poemario *Las palabras*, que aparecen como “agujeros negros”,

y habla de la otra luz, la luz que se diluye, esa que no reta a las sombras ni las oscuridades. Y “No por ser la postrera, menos luz / última luz de la tarde”. Esta sabiduría invernal se expresa en la exactitud lapidaria de cada verso: “Empoza entre las nubes / la experiencia / de calentar el mármol / y traspasar el ámbar. // Di algo antes de huir / instante o siglo. // Tan sólo una palabra de consuelo. // No enmudezcas cercada por el frío / en los umbrales del invierno”.

Una luz en duermevela, o una luz que pierde intensidad, “Eran fugaces / ojos / y piedras dormidas. // Era / uno mismo / en su lago, su espejo, su espejismo”. ¿Y dónde quedó aquel Dios del ojo duro?: fuera y dentro, “la flecha / y el ave fija / que el viento hace girar / en la veleta”, “Última luz / pero en la oscuridad / me quedas tú”. En *Fluir*, otro poemario, “De pronto / quiebra la luz la línea del horizonte / y en el aroma de la madre selva [esa flor con propiedades mágicas] / sólo un recuerdo de la sombra. // Ya eres tú contra todo viento oscuro: / ¡Detente, día!”. Como eco de san Juan de la Cruz: [...] “si en esos tus semblantes plateados / formases de repente / los ojos deseados / que tengo en mis entrañas dibujados! // ¡Apártalos, Amado, / que voy de vuelo! / Vuélvete, paloma, / que el ciervo vulnerado / por el otero asoma / al aire de tu vuelo, y fresco toma”.

Un aplazamiento de la luz, una voluntad que prolonga la oscuridad por el derrumbamiento de los dones mientras el corazón sediento acecha. Tornasol, donde “el mundo pesa” y “La experiencia / es un grano de sal”.

Hasta aquí mis lecturas, pues la obra es muy extensa y su lectura debe tomar tiempo, atención y una especial apertura del

entendimiento y la sensibilidad. Remato con un verso que me la pinta de cuerpo entero: “Y si no existe todo lo que veo / lo que no veo no deja de existir”.

GUSTAVO PEÑALOSA CASTRO

LA TIERRA ESTÁ SONANDO
(1959)

[¡Sonora cuerda del dolor!]

¡Sonora cuerda del dolor!
Única elocuencia del cuerpo.

Tiéplame la razón
con tu sonido entero.

Van mis pies con el mundo
girando en su girar
sordo y violento.

Mis manos tocan aire
por asidero.

¡Y sólo tu sonar
en mi silencio!

[Largo y frío es el sueño de la piedra]

Largo y frío es el sueño de la piedra.

Nada guardó del esplendor del fuego
su gris naturaleza.

¡Cómo me espanta lo que se apaga y queda!

Al rojo vivo, quieta,
bajo la noche de mis sentidos
prisionera,
sólo pido calor.

¡Cómo me espanta lo que se apaga
y queda!

[Sin fijar la muralla de mi sustento]

Sin fijar la muralla de mi sustento.

Sin entrar en edad como en sonoros
apuestos.

Ya sin más séquito.

Yendo
en asonada del tiempo.

¡Ah, pero aún viva!
No bajo un techo,
sino bajo el cielo.

[A veces]

A veces

le pesa al corazón musicalmente
su trajín azorado.

La claridad celeste
nos vuelve todo de cristal,
y una dicha lejana se acumula
a la dicha presente.

[No sé por qué le asusta el movimiento]

No sé por qué le asusta el movimiento,
no sé siquiera si sus ojos le avisan.

Por temor de morir se finge muerta,
o dormida.

Y no sé si al calor de tanta muerte
fingida,

algún día resista
muy quieta, muy despierta, muy viva.

[Es cosa dura ser]

Es cosa dura ser.

Es doblarse, doblarse, doblarse,
y sin embargo crecer.

¡Paso al sol, a los vientos,
a la epidérmica magulladura
y a la sed!

Y quede sólo una ternura grande
como para entender.

[Aquí se siente mucho frío]

Aquí se siente mucho frío.

Frío como para encanecer la brasa del amor.

Frío de sueño interrumpido
y estupor.

Entre todas las ráfagas heladas
nuestra respiración.

Y entre todos los fríos
ya casi no se advierte
el frío exterior.

Y entre todos los fríos
el mío es el menor.

[A mitad de un suspiro]

A mitad de un suspiro
sea detenido el cuerpo.

Lleve en las manos juntas
la nada que me llevo.

Guarde mi boca la penúltima,
la fría bocanada
antes del aire libre y quieto.

Al cerrarme los ojos
no me tomen en cuenta la mirada
cercana y ardorosa de miedo.

Toquen mi alma persistente
creciendo
más allá del final,
como el cabello.

CANTARES DE VELA
(1960)

Viento quebrado

Infancia

El fulgor en el baño del zenzontle,
un sacudir de gotas irisadas
entre las pardas plumas,
eso dura la infancia.

Después, queda la jaula,
después las cuatrocientas
voces del alma
por los cuatro horizontes separadas.
El incienso azulea, se levanta,
y se acercan las sombras,
y se agrandan.

Sequía

En espera, tendida como yerba
que apresura su flor en la sequía,
oigo el viento quebrado,
el espiral, la seña.

Quiero decir ahora,
que yo amo la vida:
que si me voy sin flor,
que si no he dado fruto en la sequía,
no es por falta de amor.

Quiero decir que he amado
los días de sol, las noches,
los árboles, el viento, la llovizna.

El péndulo

Porque yemas delicadas me tañen,
este cuerpo, la cuerda,
se queda dócil en manos del viento.
Río abajo van mis ojos,
yo vibro rígida.

Río abajo se me pierde la carne de mí misma.

Mientras quedo vibrando
con la necia virtud del péndulo,
con la esperanza del péndulo
de quedar fija.

Nocturno

Aquí voy en el río
desconocida, larga.

Y cabeceo en el viento
como el toro,
que en éxtasis levanta
la llama de sus ojos,
brillantes por la sed
de oscuras aguas.

Y me hundo en la noche
como en el conocido pecho
de mi madre,
húmedo y sin palabras.

Muerdo el fruto del día,
y en el silencio voy
como la rama
enamorada y muda
que danza.

Ahí van mis sentidos
prendidos en el vientre de la noche
como siete cabritas
palpitantes y fijas.
Sola me quedo,
junto al que se oculta
hollando a sus creaturas.

Entre las ramas
flotando van estrellas
como frutillas duras.

Bajo este cielo, ay, todas las cosas,
van hablando entre dientes
solas y presurosas.

Bajo este cielo, ay,
me voy rendida
como la hierba hollada.
Y queriendo cantar,
y sin hallar palabras.

Herida

Savia que sube al pecho
de la higuera
y mana leche por la herida.

Regazo que cobija mis palabras.

De la tierra poblada
sube su amor hasta la herida
y mana.

El sueño de las piedras y las ramas
se levanta de mi lecho
y el de las aguas.

Cada uno su lengua,
todos en una llama.

A la sombra de las palabras

A la sombra de las palabras

que se aduermen en la lengua
oigo correr el agua
que se recoge en cada cosa
y pasa.

A la sombra de las palabras
que se aduermen en la lengua
bebo hieles colmadas
como fuentes pasajeras.

A la sombra de las palabras
crezco como la luz
que de la noche despierta.

A la sombra de las palabras
encuentro mi ascendencia.

El huizache

Nada sabe decir
pero le llega un golpe de frescura
y en un gozo aromado
hasta las ramas
sube su flor,
dorada
como el sol que le quema.

Erizado de espinas se levanta
en la mitad del llano.

Su fronda
es una copa
de polvo.

Cuando la roza el aire
es una tórtola
triste de sed.

Ay, pero en el verano
el huizache recibe
la humedad de la tierra.

Su débil tronco olvida,
reverdece las hojas,
ablanda las espinas.

Ay, pero en el verano
en una sola flor
amarilla, pequeña,
canta toda la tierra.

Andar

Nada viene ni pasa

Me inclino ante tu cuerpo
a mirar hacia el fondo
cada vez más adentro.

Donde se oscurece el agua,
entro.

Me aturdo en un revoloteo
de suspiros y miedo.

Más allá, más adentro,
nada viene ni pasa;
sólo el silencio.

Paró la música

Paró la música.

En el aire los miembros
se detienen buscando posición.

Todo lo llena
un asombro más grande que yo.

Nada, ni aproximarse ni tocar,
consuela.

Si no fuera

La ola sigue a la ola
entre el cielo y su destino.

El camino es largo.
Lo sabe mi corazón que gira
entre la noche y el día.

¡Ay, si no fuera
por el calor del sol
y el perfume de la tierra!

¡Si no fuera porque hasta la ceniza
guarda su amor al fuego,
y recuerda, y suspira!

Mi corazón bajo la luz,
entre el viento y la yerba
se pararía.

Semilla estéril

Si con arrodillarse

cayera de mí la noche
que se cierne sobre mi cabeza.

Si con arrodillarse

esta semilla estéril
se abriera.

Si con llorar

pudiera salir
como los ríos,
al mar.

Hoy me arrodillaría

a llorar sobre la tierra.

Donde crece mi vida

Agua tocada

No pudo ser que el viento se coronara
como mi rey.

No pudo ser que no tocara el agua
mi desnudez.

No pudo ser que yo no la tocara
para beber.

Desde que la probé,
en el gran lecho de la muerte
quiero yacer.

Desde que la probé
cada momento tiene sabor
y madurez.

Desde que la probé,
busco el regazo de la tierra
con ojos de semilla,
para reverdecer.

Como la llama corva

Como la llama corva que se inclina
sierva del viento
atravieso mis días.

Como la lengua de la llama llevo
un amoroso cuerpo
que se tiende temblando
y se retira
al golpe de los vientos y los días.

Así como la llama
voy desde el haz de la tierra
hacia arriba.

Rebaño

Miro a la gente que se arrima
para darse calor.

Un vaho sube de las bocas.
Y a los ojos el temblor de las aguas
que se reconocen
después de haber corrido
bajo la flor
de los vientos
y el mismo sol.

Miro a la gente que se arrima
y a la boca me sube
el balar de una oveja perdida.

Paso

Breve es el paso
del que tiene que pasar.

Piso con leve pisada
por no romper el silencio
donde duerme la eternidad.

Ojos saciados

Grande es el ámbito
donde crece mi vida.

Como yerba del campo
que se levanta a la llovizna,
miro por todas partes
y se me llenan los ojos
de agua tranquila.

Eclipse

Destino

Mis días y las ruedas de molino
que vuelven a su paso remoliéndose:

Siempre la misma queja de protesta
en la fijeza de su desamparo.

Mis días y las ruedas de molino
acabarían mellados de remoler el polvo
en vértigo de días y trabajos.

Si no fuera porque al herirse piedra contra piedra
algo va de nosotros en la chispa,
toda va de nosotros en el fuego que se aleja.

Este perderse así de iluminado,
este perder la cuenta
y la noción de sí,

no le pasa a la rueda como rueda
más que al dejarse ir.

Este volver sobre los mismos pasos
con el fervor de quien conoce al fin,
sólo me pasa a mí.

Opacidad

Ésta es la cara negra de un eclipse
pero no las tinieblas.

¿Qué ha de saber el sol en su carrera?

Y la luna,
¿qué más ha de saber sino la música
de girar y girar en su órbita entera?

Luz

Llevo los ojos bajos
por adiestrarlos.

Yo sé cómo los hiere
la luz de lleno.

Llevo los ojos bajos,
el pecho abierto.

Sé que la oscuridad
es un deslumbramiento.

De la sombra y el fruto

Viento anclado

Miro entre todos
el viento anclado
de tu cuerpo vivo.

Se te sale a los ojos el alma
tan ordenada y limpia
como la madrugada.

Te miro y vuelvo la cabeza
por no llorar,
a la mitad del vuelo
deslumbrada.

Poema del esposo

En esta sola carne
es parte luminosa
y en esta casa
sola amistad.

En su mirada alza
la cosa más humilde
para hacerla sombreada
y espaciosa.

Es la parte más alta de mí.
La sombra doy
porque su luz recibo,
la vida doy
a su cobijo.

Poema del hijo

Se me remoza el mundo de mis padres:
nace la luz de leve pisada,
viene la lluvia bienvenida
y desde el centro de la tierra
rompe su almendra mi alegría.

Me levanto a soñar
sueño de tierras verdes,
de aguas conmovidas.

Un sueño de cordera
con su cría.

Éste es mi corazón
queriendo a saltos;
éste, mi hijo,
y éstos sus dos ojos,
donde la noche empieza
y sale el día.

SOLES
(1977)

[Cómo arden, arden]

Cómo arden, arden
mientras van a morir empavesadas
las palabras.
Leñosas o verdes palabras.

Bajo su toca negra se enjaezan
con los mil tonos de la lumbre.

Y yo las lanzo a su destino;
en su rescoldo brillen.

Entrañas

Entrañas,
entrañitas de coral, de blanda púrpura,
teñidas con polvo de alheña:
las que ascienden por iluminadas regiones,
las que van por la tierra.

Estas entrañas eran para arrullar
entre cristales sonoros
todos los estremecimientos.

Estas entrañas son herméticas,
de acero.

Rutina

¿Se habrán acostumbrado los pájaros?

Tomar impulso, y luego el aire,
ese poder de alas tendidas sobre el cielo.
La soledad en medio.

¿Se habrán acostumbrado
o irán sintiendo sólo el frío,
el calor,
el rumbo que tomar,
la necesidad del alimento?

¿No sentirán la hermosa fuerza del aire
que se suspende entre sus alas
en medio
de la fragilidad
y con respeto?
¿Se habrán acostumbrado los pájaros al vuelo?

Dos pies

Atados los tobillos

que apenas si pueden los pies dar un paso
sin fuerza.

El vacío del estómago
sube hacia la cabeza
hasta la rígida línea de los labios.

¡Ah, los pájaros! ¡Vuelan los pájaros!
¡Vuelan!

Huellas

Alud de tierra

sobre huellas leves.

Los pasos
de la paloma
en la nieve.

El tallo seco de la hierba
pierde su huella verde.
El furtivo paso del ratón
de pronto se detiene.

Y los alegres pasos de dos en dos.
El paso redoblado, el paso veloz.

El serio paso del señor,
el paso ligero
del soñador.

Aquí dejo mi huella,
con mis pasos me voy.

Pozo

Éste es un pozo que refleja cielo
pero es un pozo.

Caen, caen los días,
caen las noches
hasta el fondo.

Todo se vuelve fondo.

Aun el guijarro que tira la muerte
se vuelve fondo.

Nocturnos

[Noche cerrada]

Noche cerrada,
entro.

Noche en mil pedazos
rompo.

Noche cerrada
soy.

Noche

Noche, yo ya no alcanzo
tu tibieza,
el seno donde rompe oscuridad
la luz de tus estrellas.

Yo ya no soy
quietud que refleja
sino afilada
pregunta sin respuesta.

Oigo, hacia mí
oigo el llanto
que empieza cuando mi mundo empieza
y al cabo de los años es llanto
que se aferra,
juventud de anchos sueños que se aferra
y madurez
que ávidamente se aferra
para llegar con el poder de los brazos
a la impotencia de la vejez.

Y sin embargo, noche,
tú debes tener otra respuesta:
aunque no sé si sean muchas respuestas:
que sea una para el niño visionario,
y otra para la mujer que sueña.
Una para el navegante en alta mar,
otra para el que espera en tierra.
Una para el enamorado,
otra para el hambriento,
otra para el que ya no sueña.

No sé si será lo mismo pedirte una respuesta
a la luz de una vela
y con el estómago aligerado,
o en el cielo abierto,
sin que ningún techo
nos abrigue de tu respuesta.

Anubarrada noche,
de pura oscuridad tu manto tiembla.

Sólo se ahonda en ti
el silencio,
tu respuesta.

Y mudos ante el árido paisaje

1

Son rumiantes, son grises,
tropiezan entre piedras sus cuatro patas:
son rumiantes, son grises mis palabras.

Tienen pastoso corte de hierba machacada.
Arrancan del silencio
y se lanzan
desde una noche larga.

Ahora mismo se amontonan,
ruedan por esa cuesta,
tratan de ver el sol
con sus ojos de piedra
pulimentada.

2

Un hato de mansísimos corderos
reverbera en el cobre de un sol viejo:
cobre en la piel
cobre
en el sabor de boca
que tiene el silencio.

No ver, no oír, no hablar,
bajo la palma del sombrero.

Tierra de ven, de acata, de déjate llevar,
mientras la línea dura de la boca
afila su amenaza.

3

Camaleones de raza,
comedores de aire
invisibles,
olvidados entre los maizales

que ladean la cabeza
con alegría de gallo
si el sol sale.

Allí están bien.

Silencien sus estómagos vacíos.

El hambre es necia
necesidad
del cuerpo, no del alma.

¡Siempre habrá pobres, cállense!

4

Es todo poderoso
nuestro gran señor.

Pisadas de musgo,
manos de cieno.

Paraliza sin rumor, sin aliento.

Es peligroso y torpe
nuestro señor,
el miedo.

Es
la cabeza loca
de la gallina que descabezaron
sin que probara el mole.

-

Intelectuales, S.A.

Mientras tú trabajas,
yo pienso por ti.

Y si tú sufres,
yo sufro por ti.

Y si tú no comes,
yo ya comí.

Y si te matan
yo no morí.

Hay un silencio

Hay un silencio noche
donde la yerba crece.

Hay un silencio miedo
donde el fuego se apaga.

Un silencio dolor,
silencio agua.

Silencio peregrinación,
silencio gente.

Y un silencio más grande
que la muerte.

QUÉ ES LO VIVIDO
(1980)

Qué es lo vivido

I

¿Qué es lo vivido,
en qué poro ha quedado
o en qué ráfaga?

Puente a la oscuridad
o la pendiente veloz
de una sonrisa
que se apaga,
pero también calor
en medio de la sombra,
acomodo
de criaturas que buscan suavemente
su modo de dormir
mientras una ventana
se va cerrando hacia el oriente
y la luz de la tarde
se unta silenciosa.

*

Todo está bien:
no mintieron los rostros de las cosas,
sólo sabían brillar
en su secreta forma de caer,
sólo sabían decir:
es así, así es,
mientras acrecentaban su caída,
se hacían ovillo,
y en su acomodo hablaban en voz baja
de lo que hubieran querido ser.

*

Bajo la forma gris de las cenizas
cuántos tonos de rojo,
cuántas lenguas
se quieren desatar
para arder;
cuántas columnas de aire
que gozaron de peso y consistencia
en su día,
sostienen el papel
de seda

para envolver
fantasmas,
que aún tosen suavemente
para no
desaparecer.

II

Nadie diría hacia dónde ni en qué forma.
Nadie ha vuelto. ¿Dónde lanzar la vista,
ciega como lo blanco de los ojos?
Nadie diría hacia dónde ni en qué forma.
Las alas no han nacido. El chasquido de las horas
estremece las sombras y el descanso.
Las madejas de seda del entorno
sólo anuncian lo oscuro:
silencios de crisálida, ciegos y amortiguados.
Es la ronda nocturna, el revolverse sobre el mismo cuerpo
que no tiene respuestas:
las rosadas encías del anciano
ya no pueden morder verdades ácidas
pero en el sueño, pero en la seda y su amortiguadura
los golpes de la vida
pierden brutalidad.

*

Hay sol, rondan despacio
los astros invisibles.
Atendiendo a los ruidos, hay calor allá afuera.
Como los corazones recién arrebatados a las víctimas
palpita el deseo de vivir,
tórtola gris aún en movimiento
que picotea cenizas en aceras de sueño.
Dar y tomar la vida cada día,
devorar copos ácidos y aún tibios
ahogar los alaridos
transformarlos en tímida
palabra cotidiana.
No atravesar el cielo
para encontrar promesas y dádivas.
Habitar el rincón,
bajo techo, iluminado
con luz artificial:
y gritar y gritar, gritar por dentro
hasta romper el techo y las paredes
y la muralla del pecho
para formar esta hilera de palabras.

III

¿En dónde está mi sueño
y el pausado resuello de mi pecho?

No se mueve la música
ni avanza entre las olas luminosas.

Se destiemplan los dientes
al morder este fruto de la tierra extranjera.
Fruto de ningún árbol,
de lugar sin perfil.

¿En dónde está mi amor?
¡Aquí, aquí! En medio del no ahora
pero sí.

IV

Es el mar
que regresa después de huir mil veces.
Son los días y su paso de langosta
que devora el silencio.
Es el mar y los días:

Son las horas de paso redoblado
y las noches fugaces
con sus lunas que crecen y decrecen.
Es el sol cotidiano y sus fulgores;
el cielo de la noche,
donde asoman sus ojos centenarios
muchas estrellas frías.

Soy yo
con una caja resonante
donde guardo preguntas.

V

Es de tarde, la sombra se extiende:
los altos edificios, jaulas de oro,
se levantan al paso: el autobús
sortea un chirrido de frenos y el obstáculo.
Apenas veo. Vamos de pie, y cada uno a solas
en esta multitud.

El camionero hace malabarismos,
cobra el pasaje, pide: ¡Pasen al fondo!
¿Al fondo de qué?
de sus diez horas de trabajo,

mientras bajan y suben las hormigas.
Allá, en las jaulas de oro, los burócratas
del turno vespertino
van tras el humo de sus cigarrillos
fuera de las ventanas.
Ha pasado la hora del café, y del último chiste
subido de color.
Los pálidos del ocio
también miran
caer la tarde, mientras todos
nos preguntamos: ¿por qué y para qué?

VI

Era la ira su forma de ser muerte
y la vida con ella
loco juego de sangre:
el trato humano choque de sombras
estruendo de materias divididas.

La muda ostentación de los instintos,
el acechar,
y el comprar y vender,
vender, venderse,
acción de cada día.

Era la muerte su escudo y su lanza,
la sombra de su color,
y la terrosa ilusión de ser hombres
su condición.

VII

La filiación en Dios
no se reconocía:
Y cómo en ese tráfico de aceros,
inmisericordes
en el roce con sus semejantes:
ensamblados
como ruedas dentadas de una máquina
enloquecida.

Las ruedas duermen sobre sus órbitas:
silban sin sueños mientras giran
los días y las noches dentro del tórax
sin alterar el ritmo de la sangre
sin despertar a un solo
corazón amante.

VIII

Es verdad que se aloja en alguna parte,
en la más recóndita, resguardada de aires y de olvidos.
No sé delimitarlo,
sólo sentirlo:

En el sobresaltado sueño está presente:
en lo negro del párpado cerrado
y en mi futuro cierto.

Un delgado cabello la separa del placer
y consume
como cucharadita de nieve
cualquier excelsitud en su cumbre más alta.

¿Quién se atreve con ella?
Sólo el amor hasta el último aliento.
Sólo el amor su resta sobrepasa.

IX

No es una sola muerte,
es la muerte con mil
máscaras distintas:

a la vuelta del día,
en lo mejor de la noche,
a la mitad de la vida.
Mi mano tiene muerte,
el polvo de sus alas entre mis dedos
me recuerda que está viva.

[Si se pudiera esta noche]

Si se pudiera esta noche
con el aliento deshacer el frío,
a dentelladas romper el hielo:
desterrar el invierno.

Si se pudiera
dentro y fuera de sí vencer el caos,
encender la música
hasta incendiar el cielo
en un desesperado intento
de amar.

Refugio

I

Mi madre busca dónde refugiar su vejez.

Vino de una ciudad en donde el viento canta.

En donde el frío es sólo un obstáculo digno de enfrentar
y vencer.

Ahora tiene frío hasta los huesos en esta capital en donde el frío
es lo de menos
entre todo lo que se tiene
que temer.

Permanece mi madre largas horas contemplando el jardín,
desde su silla donde se acuna a veces,
desde la línea leve que divide el principio
del fin.

Al contemplar un árbol, el ramaje de su infancia
reverdece
y recuerda que de niña escaló el árbol, y al levantar los ojos
casi cae ante el temor del cielo
profundo.

Mi madre espera en estos días que son tan sin sabor,
tan sin sorpresa.
Come menos que un pájaro
de pronto reclina sobre su propio pecho la cabeza
y duerme, todavía cuando duerme sueña con su madre,
con sus hijos y su casa entera
y todo brilla como nuevo en su memoria.

Mi madre sueña también mientras está despierta,
y al alargar las manos hacia el jardín
ya sólo guarda un puñado de aire
que aún apresa.

II

A plomo cae
el sol.

Bajo los pies el polvo
que con cada pisada se alborota.

A campo abierto va
aventurándose entre los matorrales
para encontrar los nidos.

Adivina
en el volar de los futuros pájaros
su vida.

Sus lejanos seis
años son una
partícula de polvo
suspendida en un rayo de sol.

En el silencio
irrumpe
la voz del padre
relámpago, luz, temor,
y el deseo más ardiente de ocultarse.

III

Ocultarse en el centro,
en el centro más vivo de la llama.
No regresar el tiempo,
detenerlo consigo.

Y mi madre sonrío, mira sonriendo hacia el jardín
cómo se oculta el sol.

IV

La cresta más oscura se avecina:
un aletear de alas contra la escasa luz.

Y no encontrar sino la cuesta, por la que ya no es posible
ascender, y ver tan sólo abismo
en el inicio.

Sombra bombea el corazón,
noche, y sólo noche
en derredor.

Estar

Abre la puerta

para que pase el huracán.

Sólo queda la niebla

o el recuerdo de la niebla.

El estruendo pasó y cada cosa se vuelve
a su lugar.

El arrastrar del viento
no ha dejado más huella
que un dolor de quijada
de morder sal.

Todo vuelve a su curso,
avanza la noche.

La madrugada será puntual.

LAS PALABRAS
(1990)

[Las palabras]

Las palabras

agujeros negros
música de tinieblas
piedras lanzadas sobre conciencias
amplias como un atrio
en donde todos los vientos se dan cita.

Las palabras

serpentean bajo los filos de los años
húmedas, encendidas
entre las comisuras de los labios.

Inconmensurable y mínima
tiñe de sombra el filo del abismo
la desgracia.

Con un pie en el absurdo
y su cara de tonta
pasa y no pasa.

Quieta en la oscuridad, agazapada
no pretende la muerte de la víctima
sólo acosarla.

Elegía a Javier Peñalosa

Amontono las piedras ardientes
en torno de tu imagen
y me quiero apartar, alejarme,
ya no pensar en ti.

Pero quedo atrapada
recordando
el tibio trato tuyo
sol nuevo y más hermoso cada día
y luego tus acciones
de corte delicado y sorpresivo
más allá de medidas
humanas mensurables.

Todavía estoy prendida
al fuerte canto de tu corazón
activo y deslumbrante.

Al cauce cálido que formamos
con tu cuerpo y el mío.

Y levanto mi triste fortaleza
con piedras que se apagan lentamente
sobre tu amor, el real, el de tocarse
y contestar palabras.

Me cerraron la boca de los días
ahora son enormes y callados.
Atropellados como piedras sueltas
entre las patas de los caballos.

Yo lo creí de luz
era de cera.
¡Ah, pero ardía!
Ningún golpe de viento lo apagaba:
para apagarlo sólo el mar
sólo el mar.

Asistí a su esplendor
y me tocaba
de cerca su grandeza.

Hoy vivo vida extraña
de medio ser
tocada por el aire
en carne viva,
recién cortada.

Aún recuerdo luz
mientras vivo la sombra
el ajetreo
de espaldas a la vida
a la ventana.

La torre que con tanto tiento
habíamos construido, no sé por dónde
terminarla. Tú me diste
la fuerza, los contornos:
sólo me faltan tus manos
y el aliento.

Yo traspaso los días
como agujeros.

Tragando lágrimas
me alimento

y busco puentes para cruzar ríos
donde se ahogan todas las imágenes.

Las noches me recuerdan otras noches
las cosas se me vuelven enemigas:
la cabecera de la cama
y tu lugar vacío.

Tiempo transcurrido

La ceniza

tan leve, tan ala, tan nieve,
ancla del fuego
testigo del vuelo
y de la breve órbita
del volador.

No menos luz

No por ser la postrera, menos luz
última luz de la tarde.

Empoza entre las nubes
la experiencia
de calentar el mármol
y traspasar el ámbar.

Di algo antes de huir
instante o siglo.

Tan sólo una palabra de consuelo.

No enmudezcas cercada por el frío
en los umbrales del invierno.

Mañana

Entre los pozos

de luz
esta mañana opalina
de ópalo lechoso,
en la que apenas al nacer
mueren los pasos
y no hay grito que dure.

Aun el zureo de la tórtola
pierde su eco
y en el humor acuoso de los ojos
se detiene la niebla.

Ser

Eran luces, luciérnagas,
eran frondas de la noche
y viento que las movía.

Eran fugaces
ojos
y piedras dormidas.

Era
uno mismo
en su lago, su espejo, su espejismo.

Semejante

Toco tu pecho

olas, transparencias, se corona de sal
despeña abismos, también pozos de luz
entre las sombras.

Toco tu pecho:

eleva

hunde su jadeo a veces sin sentido
aparente.

De pronto

como en el

rompimiento

de un nítido sonar, una

instantánea transparencia

se va,

se queda.

FLUIR
(1990)

Aromas

Empieza a llover,
tras de la puerta entornada
no se puede evitar que sacuda el corazón
el aroma de tierra llovida.

Se adivina a lo lejos
el furor de las gotas
junto a la sed.

Con el aroma, tras la puerta entornada
entra el jardín
mientras acecha mi sediento corazón.

TORNASOL
(1997)

Puerta cerrada

Es la casa,
pero no encuentro la puerta.
El zaguán
las macetas
dos bancas para las visitas
que van de paso.

En el patio,
frágiles flores,
y el jazmín del fondo
con su oscuro regazo de juegos.

El secreto está ahí:
lo revelan los pájaros
que revuelan en sus jaulas estrechas,
sin que nada sospechen mis hermanas,
mientras alzan los brazos hacia
las ramas altas.

Abren los ojos sin alcanzar
los últimos rayos de sol,
o la luna de azahares
de los naranjos
con los fantasmas
del anochecer.

Envuelta en el humo
de la cocina, junto al aroma
del membrillo, que brinca el cazo de cobre,
y quema el recuerdo, y aviva
el agridulce sabor de la vida,
mi abuela.

En el cuarto de estar, máquinas de coser
emprenden su carrera
y mecedoras mecen
viento de la mañana.

Ya no la encuentro, y era sólida
sólida y resistente, ésta es la llave,
pero ya no entra por la cerradura,
o ya no es la misma
puerta.

Abre la puerta

Abre la puerta

para que pase el huracán.

Sólo queda la niebla
o el recuerdo de la niebla.
El estruendo pasó y cada cosa vuelve
a su lugar.

El arrastrar del viento
no ha dejado más huella
que el sabor de la sal.
Todo vuelve a su curso,
avanza la noche.

La madrugada será puntual.

EL HUÉSPED

Hilo invisible

Quién sostiene el vuelo de los pájaros
hacia la noche.

Quién vela su sueño entre la fronda de los árboles
hasta la luz del alba.

El huésped

Fuego de la memoria

hilo de sueños

hilo de humo

en temblorosa llama

testimonio de amor

contra la muerte.

Fuiste mi huésped

quédate conmigo.

[Nos envolvió la noche]

Nos envolvió la noche cuando estábamos
con un pie en el vacío
circundados por la distracción, el embeleco
y el ruido, el ruido, el ruido.

Al huir la música
quedamos con el ritmo sincopado
y el tedio,

para enfrentarse sin ánimo, sin brújula
a un camino
en donde ya no hay camino.

[Nublazón y sordera]

Nublazón y sordera nos cubren
hasta borrar en el aturdimiento
vestigios, tras los gritos del moribundo
y rastros de los asesinos.
Sombra y luz de los sueños tejen los días
ensombrecidos por terror y muerte
bajo un cielo invadido
por medias verdades y mentiras.

Con un soñar múltiple y hermoso de mi niñez
quiero despertar.

Otros sueños

En estos días en que escapar de nosotros

o del planeta

es necesario

si nos ofrecieran a un alto precio, pero sólo por una vez

y alegremente perder esta negra conciencia,

por un instante tras el instante

una mañana un día
días

noches de esclavitud

con muchos sueños

de un alto precio y

cada vez más

imposible

de alcanzar.

[Perdimos la paz]

Perdimos la paz:

Nos embarcamos en cruceros de niebla

En medio de la información no de la sabiduría

olvidamos el diálogo.

En el monólogo perdimos la capacidad de reconocer al otro.

En el monólogo perdimos la imaginación.

Cuando perdimos la imaginación

compramos armas.

Cuando tuvimos armas sembramos muertos.

[Estrella de la tarde]

Estrella de la tarde

cintila parpadea

al ritmo del fuego

de la metralla

la noche empieza.

Somos carnívoros

El tigre

desde la enramada salta y destroza

con garras y colmillos,

deja los huesos.

El cocodrilo simula que duerme

abre grandes fauces, las cierra:

dentro quedó la víctima

y los huesos.

El arma que, certera apunta y da en el blanco

sobre fosa común, a flor de tierra

sólo deja los huesos.

[Despertamos cuando ya era tarde]

Despertamos cuando ya era tarde.

Tarde para defender la justicia

más tarde

para la compasión

y la misericordia.

[Toqué en todas las puertas]

Toqué en todas las puertas

nadie abría

en tierra ajena

desperté

sin esperanza

aquí allá

en éste

en el país aquel

ya no tengo cabida

la perdí en mi país.

En cualquier parte

puertas cerradas.

[Fuego de la memoria]

Fuego de la memoria

ardía fuera del tiempo.

Se posaba en el humo nube ligera,

pronta al vuelo.

Oportuna

vuelve

borra mis aires de grandeza

por testigos pone a mis padres

a mis amigos vivos

o muertos

devuelve

los mejores recuerdos
de mi niñez y
abre un horizonte
sobre la tierra.

[Contemplo]

Contemplo

ocho años, vestido a la rodilla

camino saltando charcos, procuro no pisar sobre las matas

en las que florece

el anís.

Atrás quedó mi casa

acá mis intereses: la lluvia, los pequeños matorrales,

los hormigueros, l a s h o r m i g a s.

Las hormigas, una tras otra, con su carga:

señalando la entrada a su dominio.

Me siento sobre una piedra a contemplarlas.

Vengo de la escuela oí decir a la maestra que las hormigas

tienen ojos distintos a los míos

yo puedo verlas bien, pero ellas con sus ojos poliédricos,

¿cómo podrían?

¿Qué será lo que veo

como ven las hormigas?

La música

Entre las hojas de los árboles

y frondas en movimiento.

Sonido que vibra en las cuerdas del violín

llanto.

Nudo en la garganta del violonchelo

pausa en la respiración.

Vibren todas las cuerdas.

Que vuelva la música en su fluir.

¡Toda la música!

Había un manantial

Vibraba suavemente.

No se alejaba sin abrir caminos

de luz

mientras fluía despertaba indolentes

desviaba ciclones

y domaba furias

hilillo de agua

o río caudal de aguas

reveladoras

con sólo abrir los ojos

y contemplar.

Flores del limonero

Brotaron las flores del limonero:

estrellas de pétalos blancos.

Perfume invita a probar su miel:

zumban los abejorros,

algún colibrí detiene

la pincelada azul de sus plumas.

Es invierno, todos titiritamos,
ellos no.

Hojas del limonero verdes aún,
del limonero que en toda estación florece.

En toda estación da frutos:

nostálgicos de estrelas,
agridulces.

Sueño de junio

En nacarado cielo azul

parvada de pájaros

abanico en oleaje de alas todos al mismo impulso

en ejercicio y voluntad de vuelo.

¿Qué brújula los guía?

Principio y fin

sé que lloramos al nacer

pero ahora esto duele...

¡... cómo duele!

Maldita pelea... cómo esperar tan pronto

esa bala... Al entrar... no parecía doler

pero ahora... cómo duele

por qué ahora había de dolerme

a mí ... ¡a mí...!

El sueño

El sueño

si no lo hospedara

escaparía

Dueño

de la revelación

y el fin

del instante

en que vivo

y estoy muriendo.

[Y el amor]

Y el amor

despierta cantando

al gallo

a los pájaros,

a los que imaginan que tienen alas.

A los que imaginan que saben cantar.

Huyeron los sueños de altura

¿Cómo volar

con el peso de sus tesoros

en las alas

y la dureza en un pecho

de metal?

[El agua]

El agua

si ondula, resplandece

de pronto
en río huye

espejea

detiene el cielo

de la noche y el día

en lagunas y lagos

en mares fugitivos que huyen hacia la luna

y cada día con su vaivén

de oleaje

Vuelven.

[Dos mariposas]

Dos mariposas

en su libre batir de alas

entran desde el espacio abierto

al hueco que dejan las puertas de la ventana

en giros, en picada, en juego

volaron

casi al desfallecer

en el ejercicio de su libertad.

Confundieron

los reflejos del sol en los vidrios

con el espacio abierto

las encuentro

no me apenan sus alas

plegadas

comparto su angustia

confusión

ahogo

encierro.

Entre el ramaje de los árboles

algarabía de pájaros despierta

la luz de un nuevo día.

Entraña del aire

A Rodrigo Mondragón Peñalosa, autor de la instalación

A Sonja Stanjfeld, su traductora al serbio

Pasa el aire

De qué jirón de oscura sinfonía,
en qué latente borbotón de soplos

de qué traslúcido manantial abunda su fluir

sin cesar

¿acaso se alimenta del vuelo de las hojas a su paso,

acaso del vuelo de los pájaros

o del vuelo del polvo?

Pastor de nubes

en un largo camino que no cesa

música de lo que va y no vuelve
de lo que nunca puede volver.

Índice

7 Celebrando noventa años

LA TIERRA ESTÁ SONANDO (1959)

- 23 [¡Sonora cuerda del dolor!]
- 24 [Largo y frío es el sueño de la piedra]
- 25 [Sin fijar la muralla de mi sustento]
- 26 [A veces]
- 27 [No sé por qué le asusta el movimiento]
- 28 [Es cosa dura ser]
- 29 [Aquí se siente mucho frío]
- 30 [A la mitad de un suspiro]

CANTARES DE VELA (1960)

- 33 Viento quebrado
- 34 Sequía
- 35 El péndulo
- 36 Nocturno
- 38 Herida

- 39 A la sombra de las palabras
- 40 El huizache
- 42 Andar
- 43 Paró la música
- 44 Si no fuera
- 45 Semilla estéril
- 46 Donde crece mi vida
- 48 Como la llama corva
- 49 Rebaño
- 50 Paso
- 51 Ojos saciados
- 52 Eclipse
- 54 Opacidad
- 55 Luz
- 56 De la sombra y el fruto
- 57 Poema del esposo
- 58 Poema del hijo

SOLES (1977)

- 61 [Cómo arden, arden]
- 62 Entrañas
- 63 Rutina
- 64 Dos pies
- 65 Huellas
- 67 Pozo

- 68 Nocturnos
- 71 Y mudos ante el árido paisaje
- 75 Intelectuales, S.A.
- 76 Hay un silencio

QUÉ ES LO VIVIDO (1980)

- 79 Qué es lo vivido
- 89 [Si se pudiera esta noche]
- 90 Refugio
- 94 Estar

LAS PALABRAS (1990)

- 97 [Las palabras]
- 99 Elegía a Javier Peñalosa
- 102 Tiempo transcurrido
- 103 No menos luz
- 104 Mañana
- 105 Ser
- 106 Semejante

FLUIR (1990)

109 Aromas

TORNASOL (1997)

113 Puerta cerrada

115 Abre la puerta

EL HUÉSPED

119 Hilo invisible

120 El huésped

121 [Nos envolvió la noche]

122 [Nublazón y sordera]

123 Otros sueños

125 Perdimos la paz

126 [Estrella de la tarde]

127 Somos carnívoros

129 [Despertamos cuando ya era tarde]

130 [Toqué en todas las puertas]

131 [Fuego de la memoria]

133 [Contemplo]

135 La música

136 Había un manantial

138 Flores del limonero

- 140 Sueño de junio
- 141 Principio y fin
- 142 El sueño
- 143 [Y el amor]
- 144 Huyeron los sueños de altura
- 145 [El agua]
- 147 [Dos mariposas]
- 149 Entraña del aire

